

EL CIEGO DE LA ESQUINA

HABÍA aparecido allí, podía decirse, casi de improviso. Su presencia anuncióse una mañana por los dulces sonidos de un violín admirablemente tocado.

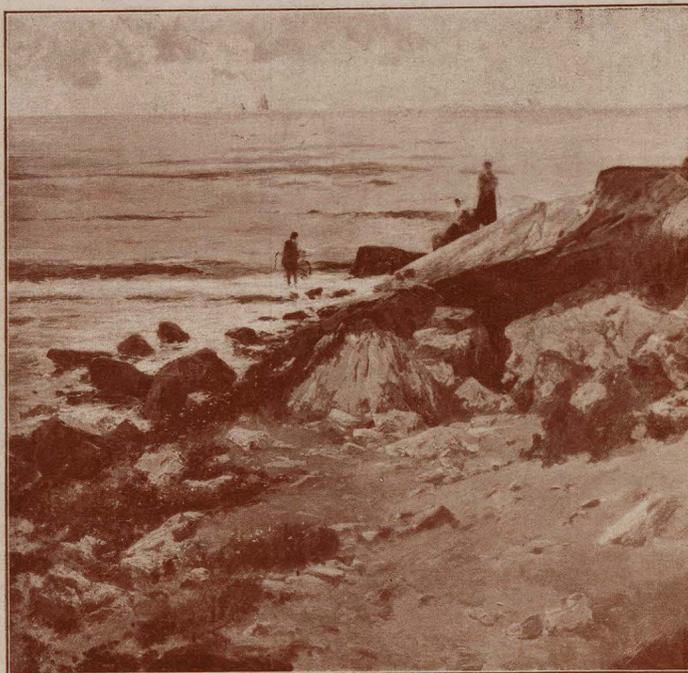
La gente hizo círculo en derredor suyo los primeros días; á la curiosidad siguió la indiferencia, y al poco tiempo ya nadie se acordaba de detenerse un instante ante el pobre violinista.

Su figura era, á pesar de sus harapos, severa, rígida, elegante; emanaba de él, algo noble, algo grande.

Tanto en invierno como en verano, llegaba conducido por una anciana á la esquina achaflanada que formaba suntuoso palacio, propiedad del Marqués R...

En cuanto desaparecía su vieja acompañante, el ciego, colocaba el sombrero á sus pies, como en demanda de muda limosna, y sacudiendo con cierta fiera su rizada melena, desenfundaba un pequeño violín, en el que un inteligente hubiese reconocido al famoso constructor *Stradivarius*, y comenzaba su diaria tarea de *scherzos*, *andantes* y *gavotas*, de *Beethoven*, *Mozart*, *Chopin* ú otros autores clásicos.

La generalidad del público pasaba sin fijarse apenas en la esbelta silueta del joven músico.



De vez en cuando, algún artista, quizá músico también, deteníase un momento ante la interesante figura del ciego, y dejaba caer algunas monedas en su sombrero.

Este jamás daba las gracias ni formulaba peticiones; solamente cuando percibía que alguien había depositado su óbolo compadeciéndose de él, las cuerdas de su violín producían un sonido más dulce, más delicado; hablaban, por decirlo así. El divino instrumento agradecía la limosna.

Los vecinos del barrio y los transeúntes que, á diario, pasaban por aquel sitio, habían concluido por creer que el ciego de la esquina reunía también á su desgracia la de ser mudo.

Inmensa agitación notábase en el hasta entonces tranquilo y cerrado palacio del Marqués de R...

Una legión de albañiles, pintores, estucadores y doradores, habían invadido la vieja y antigua mansión señorial, restaurando techos y escalera, pintando paredes y lienzos, decorando la fachada, y pulimentando balaustradas, balcones y remates.

A la quietud y al reposo había sucedido la algazara y el ruido. Trabajábase sin descanso bajo la dirección de reputados maestros, y á su influjo el viejo palacio se rejuvenecía y cobraba nueva vida.

Dorados trenes ocuparon bien pronto las cocheras, y fogosos caballos piafaban impacientes en las caballerizas.

Lujosos y elegantes muebles, procedentes de las mejores fábricas del extranjero, llenaron salas y gabinetes, y los cortinajes, de pesado terciopelo y vaporoso encaje, decoraron puertas, balcones y galerías.



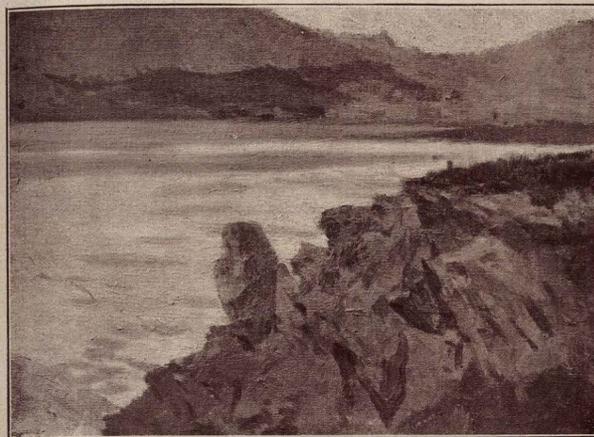
Formábanse animados corrillos entre los vecinos del palacio, que murmuraban á su placer y comentaban sabrosamente las inopinadas y fastuosas innovaciones introducidas en el suntuoso edificio.

Hablábase de que el viejo Marqués de R... deseoso de apartar á su hija de un amor funesto y desigual, contraído hacia algunos años por un pobre músico, habíala conducido á un convento y casa de educación en París, de donde volvía, al parecer, curada y dispuesta á dar su mano á un opulento aristócrata.

Algunas viejas comadres de vecindad, guiñando maliciosamente los ojos aseguraban sin embargo que era imposible que la encantadora Luisa hubiese olvidado tan pronto aquel primer amor por el que tanto había sufrido, y al que aún rendía culto. A todas estas murmuraciones y habladurías permanecía impasible el joven ciego de la esquina, el cual continuaba como una estatua de piedra, sacando cada vez melodías más dulces de su pequeño violín.

Una mañana, creció la animación en el palacio. Luisa, la elegante Marquesita de R... había llegado la noche anterior, acompañada de su padre.

Avanzó la tarde y el crepúsculo invadió la tierra. Los preludios de magnífico piano percibíanse á través de un entreabierto balcón correspondiente al gabinete de Luisa, y que precisamente se abría en la esquina donde se encontraba el ciego.



esquina dejó caer el divino instrumento, exhaló un débil gemido y cayó sobre la acera, muriendo con la última nota de la sublime plegaria que inmortalizó al gran *Gounod*.

MIGUEL ALDERETE GONZÁLEZ

EL ODIO

JUAN estaba desesperado. El amo acaba de despedirle porque ha llegado tarde al trabajo. Y si tardó en llegar es que su hija, una pequeñuela de seis años, está enferma, tanto, que el médico municipal ha dicho brutalmente que se moría. Ha cobrado dos días de jornal y con las cinco pesetas vuelve á su casa. Hay pan y medicina para un día. ¿Y después? Juan masculla entre dientes amenazas é imprecaciones. Pero más que el latigazo del odio, siente el aplastamiento del que advierte que tiene todas las puertas cerradas, todos los caminos obstruidos. No piensa en hundir las puertas ni en aterrar los obstáculos. ¿Para qué? Su vida entera agotárase sin conseguir allanar los caminos, abrir las puertas.

Juan camina con la cabeza baja. Sus ojos parecen no reflejar la luz y son opacos y oscuros, como el barro que pisan sus pies mal calzados. Anda maquinalmente sin fijarse en nada ni en nadie. Se aparta si le empujan, empuja si no le evitan. Para pasar del arrabal en que trabajaba al arrabal en que vive ha de atravesar el gran paseo central de la ciudad.

¡Cuán preciosas las tiendas de las casas que



Este, por primera vez desde que estaba en aquel sitio, cesó de tocar, y sus ojos sin vista alzáronse como afanosos de descubrir la imagen de algún sér querido.

Aquellas notas perdidas fueron acentuándose, tomando forma, cobrando vida, y pronto desarrolláronse en dulce y prodigiosa armonía.

La pianista ejecutaba esa inimitable creación que roba el alma y produce delicioso éxtasis: *El Ave Maria de Gounod*.

Muy pronto al piano unióse en prodigioso concierto el violín.

El joven ciego pasaba dulcemente el arco sobre las cuerdas, y el *Stradivarius* gemía, sollozaba y entonaba la divina plegaria. Las notas se entremezclaban, se confundían y completábanse en un torrente de armonía delicioso, indescriptible.

La gente comenzó á detenerse: aquello era un concierto improvisado, con el que nadie contaba; era la transfiguración del divino arte; la idealización de aquella sublime plegaria.

El joven músico doblóse sobre las rodillas tocando sin cesar; ya el piano había callado y el *Stradivarius* seguía, sin embargo, produciendo lamentos, quejidos, ruido de lágrimas...

De pronto, todo esto cesó bruscamente; el ciego de la

limitan el paseo! Brillan los barnices, deslumbran las joyas. Los árboles pomposos, exuberantes de savia, forman una bóveda de verdura que aquí y allá atraviesan los rayos del sol manchando de luz el suelo. El aire, fresco y puro, saturado como de un perfume tiernísimo que llega de los bosques y de los montes, anuncia el reinado de la primavera. Bajo la verde fronda pasan centenares de carruajes, jinetes que rigen con garbo y elegancia potros y caballos. Y en los paseos laterales una multitud de hombres y mujeres con trajes limpios y lujosos, hechos de telas suaves y flexibles, discurren perezosamente, aspirando con delicia aquel primer soplo de la edad florida. En todas las caras resplandece la alegría. Unos á otros se saludan aquellos paseantes; unos á otros se sonríen. Los peatones se inclinan y se descubren á veces, en tanto que los que van en los carruajes contestan con exquisita finura á su inclinación y sonríen con benevolencia al saludar á su vez.

Juan atraviesa uno de los paseos laterales, tropezando con los que no se apartan y que hacen una mueca de disgusto al ver la facha del que ha tocado sus flamantes ropas. El miserable no se fija en nada, nada le importa de toda aquella gente. ¿Son acaso criaturas de su casta? Atraviesa también cabizbajo el paseo de los coches. De repente, un cuerpo duro y flexible azota su cuerpo, oye una voz ruda que le manda apartarse, una masa movable roza su cuerpo con tanta fuerza que Juan se tambalea. Dentro del coche,

